

## **De amarillo a rojo**

**Por Gabriela Nicolle Dávila Juárez**

Vivo dentro de un colchón. Para ser más específicos, dentro del colchón de Abril. He estado aquí desde hace... bueno, la verdad no sé, pero ha de ser un poco más de una década. Abril es una chica muy linda, y no me refiero físicamente porque no la he visto, pero por lo que sé de ella tiene una personalidad muy dulce. Lastimosamente su vida es completamente lo opuesto, más amarga que el café puro.

Estar en este lugar encerrado no es lo más cómodo del mundo, pero tampoco me quejo. Mi cuerpo, el cual es delgado y largo como las ramas de un árbol, apenas cabe. Tengo que poner mis rodillas en mi pecho. De mis esqueléticos brazos salen numerosos picos similares a las agujas, solo que los míos son más finos. Parecen ser imperceptibles a simple vista. Y mi cara es plana, sin fación alguna. A pesar de eso puedo ver, oír, hablar y oler.

Si tuviera que definir mi propósito de vida sería el de ayudar a Abril. Ella tiene una vida muy complicada, llena de problemas y poco amor. Casi todos los días escucho gritos de abajo, y siempre termina igual, con Abril corriendo por las escaleras para ir a su lugar seguro, su cuarto. Se tira a la cama y hunde su cara en su almohada, para así ahogar sus llantos. De alguna forma siento todo su dolor a través del tejido de su colchón. Me desgarran el corazón oírle tan afligida, es por esto por lo que la abrazo. Extiendo mis brazos hasta chocar con los lados de la cama y, como puedo, rodeo su cuerpo. Y siento como nuestros cuerpos encajan como si fuéramos dos piezas de rompecabezas. Por la poca movilidad que me permite el colchón, es más como un medio abrazo que uno completo. Pero no me importa eso porque aun así funciona. Aun así, logré hacer que se tranquilice y se duerma hasta que se sienta mejor. Yo la abrazo con la esperanza de que sienta mi cariño y compasión por ella, y también con el deseo de que no tenga que volver a refugiarse en su cama para desahogarse. El afecto que le intentó transmitir con

mis abrazos es tan fuerte que hasta lo veo, este es de un color rojo sombrío. Incluso percibo un olor peculiar, como el de un metal. Se debe a que muevo los resortes del colchón, o al menos eso creo yo.

Hay muchas razones por las que Abril está triste la mayor parte del tiempo. Sé que tiene problemas en su escuela y con su familia, incluso consigo misma. Como siempre estoy en su cuarto no sé exactamente qué tipo de cosas le suceden en la secundaria, pero en su casa sí. Constantemente escucho que sus padres le hablan en un tono molesto. Ellos le dicen cosas como: “¿67 de promedio final, siquiera te importa tu futuro?!” , “No trabajo día y noche para que desperdicies tu educación”, “Lo estás exagerando”, “Ahorita estoy ocupado, no tengo tiempo”, “AHH ¿puedes callarte por un segundo?”, “¿Ir al psicólogo? No lo necesitas”, y “Yo a tu edad podía con eso y con mucho más”. No comprendo del todo bien lo que dicen, pero por la forma en la que Abril llora desconsoladamente deduzco que son cosas que la lastiman.

Muy pocas veces he escuchado que se preocupan por ella. Por ejemplo, hace unos días cuando regresaba de la escuela, su madre le dijo:

—Abril, ¿qué tienes ahí atrás en el brazo?

—No lo sé, no los había visto antes —dijo Abril confundida.

—También están en tu otro brazo. Se ven como heridas, no me digas que tú te las hiciste... —dijo su mamá un poco asustada.

—No, mamá. Te lo juro. Probablemente fueron mosquitos —contestó tratando de tranquilizarla.

—Eso no se parece en nada a las picaduras de mosquitos —discrepó de un tono escéptico—. Estás se ven más profundas... y feas.

No volvieron a hablar del tema, y desde ese entonces he notado que la mamá de Abril trata de contenerse cada vez que la va a regañar, sin embargo no lo logra. Escucho claramente como explota de ira. No sé si sea mejor que todo el tiempo esté molesta o que sea tolerante pero después estalle.

Cada vez Abril llora más seguido. Antes era de 3 a 4 veces por semana, ahora es a diario. Me empiezo a preocupar porque algo serio debió de haber pasado para que esté así todos los días. Algo que nunca dejaré de pensar es que ella no se merece todo lo malo que le pasa, es un alma tan pura como para vivir cosas tan crueles.

Un sábado, Abril tuvo que ir al hospital, estaba muy grave. Al parecer tenía muchas lesiones y durante el último mes perdía un poco de sangre todos los días, así que además de lastimada estaba débil. Al enterarme de esto lo primero que pensé es “tengo que ir con ella y saber cómo está, sea como sea”, y fue así como una idea interesante se me vino a la mente. Empecé a encajar los filos de mis brazos por una orilla del colchón para hacer un agujero, luego separé mis brazos para agrandarlo hasta que fuera lo suficientemente grande para que yo pudiera salir. No tuve que ampliarlo mucho porque, como ya mencioné, soy muy delgado. Cuando salí, me asombré demasiado. Era la primera vez que veía el cuarto de Abril. Había dibujos hechos por ella pegados a la pared, tenía un escritorio y una silla de color azul, su closet lleno de ropa, y había muchas figuritas de varias cosas en sus estantes. Me hubiera gustado quedarme más tiempo para apreciar todo lo que había ahí, pero tenía otra prioridad.

Bajé las escaleras y salí de la casa, y fue ahí cuando me percaté que no sabía dónde estaba el hospital y no tenía planeado cómo llegaría. Por suerte, solo tuve que salir de la colonia de Abril para ver un gran anuncio que decía “Hospital Los Arcos 3k” y tenía una flecha apuntando a la derecha. Ya había escuchado a su padre mencionar ese nombre, supuse que debía de estar ahí. Aproveché que la forma de mi cuerpo no es tan llamativa y me oculté en los árboles. El miedo me dominaba al saber que en cualquier momento alguien me podría descubrir, así que antes de pasar al siguiente árbol veía a mi alrededor para asegurarme de que nadie me viera.

Al llegar al hospital, me infiltré por una ventana en el cuarto de Abril. Estaba dormida hasta que el sonido que hice al cerrar la ventana la despertó. Su expresión tranquila se transformó rápidamente en una combinación de asombro y terror. Empezó a tartamudear, me iba a preguntar algo como quien era o que era. Y antes de que terminara su frase, le expliqué todo. Le dije que había estado habitando su colchón desde hace muchos años, que escuchaba cada uno de sus problemas, que la abrazaba como podía para hacerla sentir mejor, que me importaba mucho, y que, si pudiera, haría todo lo posible para ayudarla. Ella se quedó unos segundos en silencio mientras sus ojos comenzaban a ponerse llorosos. Se quitó las sábanas de encima y se levantó lentamente de la cama, luego se acercó a mí y me miró con una sonrisa sincera acompañada de una pizca de tristeza.

—Sabía que había algo extraño que me hacía sentir mejor, pero nunca supe explicar que era —dijo Abril con una voz entrecortada.

—Entonces sí notabas mi presencia —murmuré con felicidad mientras una calidez en mi pecho recorría mi cuerpo.

—Pensé que nadie más que yo sabía que mis padres son tan... —empezó, pero no quiso continuar.

—Lo sé, no es necesario que lo digas.

En ese momento, Abril agachó su cabeza. Vi una gota caer al suelo y comenzó a sollozar. Mi primer instinto fue abrir mis brazos hacia ella. Se acercó a mí y nos abrazamos. Quería que este abrazo fuera especial, pues esta vez podía sentirla directamente y lo necesitaba más que nunca. Quería transmitirle todo mi cariño a ella, hacerle saber que la entendía, decirle con ese gesto “no te preocupes, me tienes a mí”. Por eso la abracé con todas mis fuerzas, y ella hizo lo mismo. Como siempre, sentí nuestros cuerpos encajar a la perfección. Me tomo por sorpresa la sensación de su espalda y la piel de sus brazos en contacto con los míos. Era un abrazo lleno de emociones bonitas. Muy cálido y amoroso, pero también con dolor que había sido retenido por mucho tiempo. Poco a poco nos

fuimos agachando hasta terminar hincados de rodillas en el piso. Después de unos minutos dejó de llorar, solo que seguía teniendo la respiración un poco agitada.

—Gracias —susurró Abril con delicadeza.

Mi corazón se derretía. Yo solo le acaricié el pelo en forma de respuesta. Su respiración era cada vez más lenta, hasta que esta se detuvo. Mire al suelo, no me había percatado de que el amarillo pálido del piso había sido cubierto por un rojo oscuro. No sabía qué hacer así que me quedé un largo rato ahí, en medio de la habitación, llorando y abrazando su cuerpo perforado e inerte.